

por Adriana Chamorro

En tantos años pasados desde que llegué a Canadá no tuve muchos contactos con Adriana. La mayor parte fueron, por supuesto y debido a la distancia, por correo electrónico, casi diríamos “de negocios”. Una sola vez la encontré personalmente, cuando viajé para el juicio de Carmen Sanz, a principios de 2000, juicio en el que también ella era testigo. Ese día compartimos un almuerzo en una gran mesa con varios compañeros de la Asociación y no hubo mucho lugar para charlas más cercanas, lo que lamentó mucho.

Sin embargo, el contacto más significativo con Adriana, y que viene a cuento en este homenaje, ocurrió unos pocos años después de llegar aquí, alrededor de 1985, cuando la encontré por televisión, aunque parezca mentira. Fue un noticiero en francés en Montreal, en el que ella denunciaba con mucha intensidad haber reconocido a un torturador en la calle, pero no recuerdo exactamente el origen de la noticia, desde dónde denunciaba, quién era el torturador ni quién era ella, pero se mencionaba que Adriana vivía en la Argentina. Recuerdo su cara en la parte inferior izquierda de la pantalla, casi de perfil, grande. Y su nombre completo de entonces, Adriana Calvo de Laborde. Y recuerdo muy claramente haber pensado “!Y ella vive allá, está adentro, qué coraje!”

Hacía ya un tiempo, en el año 83 o 84, que habíamos hecho con Eduardo la primer denuncia escrita y juramentada para las Abuelas, con la conciencia de que era la primera de una larga serie que haríamos hasta donde pudiéramos o hasta donde fuera necesario. El Comité de Solidaridad con la Argentina, al que pertenecíamos, las había recibido en Montreal como parte de una gira que hicieron por América del Norte. Ellas se llevaron la declaración y yo quedé muy satisfecha pero con la sensación de estar a partir de entonces al descubierto, a pesar de la distancia, y con el temor que esto implicaba. Una especie de alarma más que se encendía. Estuvimos forzados a exiliarnos poco después de salir de la cárcel y no habíamos vivido el proceso colectivo de denuncias y de liberación, tan importante, que se vivió en la Argentina con la caída de la dictadura y el Juicio a las Juntas. Estábamos solos y todavía la dictadura estaba bien instalada en nuestras cabezas. No había internet, el teléfono larga distancia era inalcanzable, el aislamiento muy grande. La declaración de Adriana me puso de golpe en contacto con la realidad que estaba viviendo el país y su coraje me dio un gran empujón en mi propio proceso de liberación a distancia y muchísimo ánimo en el largo camino de declaraciones que vino después.

Nunca olvidé este episodio pero nunca se lo mencioné tampoco, ya que el limitado contacto que tuvimos no dio lugar para sacar a la luz ese recuerdo. Ahora, a diez años de su muerte, por lo menos puedo hacerles conocer a ustedes esta historia en su memoria y agradecerle a su recuerdo la mano que me tendió sin saberlo, sin conocerme, desde muy lejos, solamente con su actitud tan combativa e invencible. Gracias, Adriana.